

## Historias Acuarianas Para Niños

### El Regalo de Santiago por Marguerite Walker

Era la tarde de un cálido día de junio. La señorita Spratt estaba sentada en su jardín, a la sombra del gran roble, cuando de repente la puerta se abrió y entraron sus dos pequeños amigos, Bob y Pedro.

—¿Tiene tiempo para contarnos un cuento? —preguntó Bob.

—¡Oh, por favor, hágalo! —suplicó Pedro.

La señorita Spratt parecía tener un suministro interminable de cuentos y siempre estaba feliz de contárselos a Bob y Pedro porque ellos eran muy atentos. Mientras los niños se acomodaban en el césped a sus pies, la señorita Spratt comenzó:

—Ustedes han escuchado en la Escuela Dominical la historia del milagro de los panes y los peces, ¿verdad?

—Sí —dijeron los niños al unísono.

—Bueno, este cuento que voy a contarles es uno que imaginé sobre un niño del que habla la Biblia, que podría haber estado allí cuando Jesús realizó ese milagro:

Hace muchísimo, muchísimo tiempo, en una tierra lejana, vivía un muchacho a quien llamaremos Santiago. En aquellos días no había automóviles, ni autobuses, ni tranvías, y la gente caminaba de un lugar a otro. No era raro que se unieran a un grupo y caminaran kilómetros hacia algún lugar de interés.

Fue en ese tiempo que Jesús andaba por el país, hablando a la gente acerca de Dios y sanando a los enfermos. Mucha gente lo seguía: algunos porque lo amaban, otros porque querían aprender de Él o ser sanados, y otros iban solo por estar con la multitud.

Santiago había oído a sus padres y a los vecinos hablar de Jesús y de las cosas maravillosas que hacía, y deseaba que él también pudiera ver a ese gran hombre.

Una mañana, mientras Santiago estaba sentado frente a su casa, pasaron unas personas y, de manera amigable, llamaron al joven:

—Hemos oído que Jesús está cerca e iremos a verlo. ¿No quieres venir con nosotros?

Santiago estaba encantado con la perspectiva de un viaje y la posibilidad de ver a ese hombre de quien había oído tanto. Así que corrió a donde su madre y le preguntó si podía ir de excursión con la gente del pueblo. Su madre le dio permiso y rápidamente envolvió varios panes de cebada y dos peces pequeños que habían sobrado de la comida de la mañana, y los metió en el bolsillo de Santiago, sabiendo bien que un muchacho pequeño podría tener hambre antes de regresar a casa.

Con un beso de despedida y el corazón alegre, Santiago salió corriendo de la casa y por el camino para unirse a los demás. ¡Qué divertido era partir hacia una aventura!

Por todo el camino, otros se unieron al grupo hasta que el camino se llenó de gente, y seguían llegando de todas direcciones. Todos hablaban de Jesús y de lo que había hecho. Santiago estaba tan emocionado y feliz que nunca pensó en estar cansado ni tener hambre. Y ahora, en la distancia, podían ver una gran multitud reunida en la ladera de una colina. Apresuraron sus pasos para unirse a ellos, porque allí estaba Jesús, hablando y enseñando muchas cosas.

Las palabras de Jesús estaban tan llenas de maravilla e interés que la multitud que escuchaba se olvidó del tiempo y de la comida.

Pero ahora ya era tarde y uno de los discípulos de Jesús sugirió que despidieran a la gente para que pudieran ir a comer algo. Jesús dijo:

—No necesitan irse; sus casas están lejos. Nosotros les daremos de comer aquí. Busquen entre ellos y vean cuánta comida tienen.

Cuando Santiago oyó que hablaban de comida, sintió hambre y recordó la comida que su madre le había dado. Mientras la sacaba de su bolsillo, levantó la vista y vio a uno de los discípulos de Jesús recorriendo la multitud y hablando con cada persona. Parecía que el hombre preguntaba si tenían comida, pero cada uno negaba con la cabeza.

¿Era Santiago el único que había traído comida? ¿Qué debía hacer? ¿Extender sus pocos panes y pequeños peces y comer delante de toda esa multitud? Tenía mucha hambre. Mientras se hacía estas preguntas, el discípulo de Jesús se acercó a él y le preguntó si podía darle la comida para Jesús. Santiago sintió un repentino deseo de llorar. Quería su comida, pero también quería darla, porque el hombre había dicho que era para Jesús. Así que, sin decir una palabra, entregó el paquete de comida al discípulo y luego se sentó, aliviado. Estaba seguro de que había hecho lo que su madre habría querido que hiciera.

Entonces oyó que los discípulos le decían a todos que se sentaran. Cuando todos estuvieron sentados en grupos sobre el verde pasto, Santiago vio a Jesús tomar sus panes y peces y mirar hacia el cielo.

¿Qué iba a hacer Jesús con su comida? Santiago miró con ansias. Jesús estaba diciendo palabras mientras seguía mirando hacia arriba, palabras que sonaban un poco como la oración que su madre decía a la hora de comer: una oración de agradecimiento.

Un escalofrío recorrió a Santiago al darse cuenta de que Jesús sostenía sus panes y sus peces y daba gracias por ellos delante de esa gran multitud. ¡Oh, qué feliz estaba de haberle dado la comida al discípulo! Ya ni siquiera sentía hambre, estaba tan lleno de alegría.

Qué sorprendido se sintió cuando Jesús partió los panes y los peces y se los dio a los discípulos, quienes a su vez los sirvieron a la gente. ¡No solo a uno o dos, sino a todos! ¡Había comida suficiente para todos! ¿Cómo podía ser? Santiago sabía que en su paquete solo había unos pocos panes y dos peces pequeños, y ahora, ¡miren! Todos en esa gran multitud estaban comiendo, y, oh, qué bien sabía. Santiago estaba seguro de que nunca antes la comida había sido tan satisfactoria. Ansiaba llegar a casa para contarle a su papá y a su mamá lo sucedido.

Cuando la gente comió todo lo que quiso, todavía sobraba comida. Así que la recogieron y la pusieron en canastas para no desperdiciar nada. Entonces Jesús despidió a la gente porque ya era de noche y era hora de que regresaran a sus hogares.

Santiago se unió al grupo que iba hacia su casa, pero ya no era el mismo muchacho que había salido de casa esa mañana. Se sentía cambiado por dentro, una sensación cálida y cantarina. Le parecía que caminaba sobre el aire, que sus pies apenas tocaban el suelo. Nunca olvidaría ese día. Solo pensar que él había tenido algo que darle al gran hombre, Jesús, algo que Jesús realmente pudo usar. Y aunque su regalo parecía pequeño, por la bendición de Jesús había aumentado hasta que todos pudieron compartirlo.

—Qué lección tan maravillosa y qué día tan maravilloso —pensó Santiago—. Siempre recordaré dar gracias por lo que tengo y compartirlo con los demás.

Cuando se despidió de sus amigos y entró por la puerta de su casa, llamó:

—¡Mamá, ya volví!

La mamá de Santiago se apresuró a saludarlo. Seguramente su niño debía estar cansado después de un viaje tan largo. Pero se detuvo y lo miró con asombro. ¡Qué feliz estaba! ¡Qué renovado! Una nueva luz brillaba en su rostro y a su alrededor; parecía llenar la habitación. Y entonces, cuando él le contó lo que había sucedido ese día, ella entendió y se alegró. Sabía que Santiago era feliz porque había dado lo mejor de sí mismo.

Cuando la señorita Spratt terminó su cuento, Pedro dijo:

—Cómo me gustaría haber estado allí.

—Yo estaría muy orgulloso de darle mi comida a Jesús —dijo Bob.

—¿Saben qué? —dijo la señorita Spratt—. Hay muchas maneras en que ustedes pueden servir a Jesús y ayudar a otros, tal como lo hizo Santiago. Cada vez que sonríen, o silban una canción alegre, o hacen algo amable, están compartiendo su bondad con los demás. Muchas personas tienen tanta hambre de amor y

alegría como aquellas personas tenían hambre de comida. Cuando su mamá les pide que hagan algo y ustedes lo hacen con buena voluntad y alegría, están dando sus regalos a Jesús, tan seguramente como lo hizo Santiago. Jesús vino a enseñarnos a amarnos unos a otros y a dar libremente.

Y ahora, creo que es hora de que dos jóvenes se vayan a casa a cenar.

—¡Sí, señor! Vamos, Bob —dijo Pedro mientras se levantaba de un salto—. Y gracias por el cuento tan maravilloso, señorita Spratt. Recordaremos lo que dijo sobre cómo también podemos dar.

—¡Adiós! —dijo Bob mientras seguía a Pedro fuera de la puerta.